

BN
321.4
M516d

TAYO ADOLFO MEJIA RICART

*La Democracia y el
Imperialismo*

WASHINGTON
1943

BN
PIT

GUSTAVO ADOLFO MEJIA RICART

Para mi querido
amigo Sr. José
Diego Freyre, Sr. Lic.
Carmen de Freitas,
no table.
En la ciudad de
Washington, D.C.,
Mejia Ricart,
26/10/43.

La Democracia y el
Imperialismo

WASHINGTON

1943

34031



NOV. 26 1973

BN
320.97 293
M516 d

INFLUENCIAS POLÍTICAS Y ECONÓMICAS EN
LA FORMACIÓN DEL ESTADO, A TRAVÉS DE
LA HISTORIA. DOS SISTEMAS: LA DEMOCRACIA
Y EL IMPERIALISMO

GUSTAVO ADOLFO MEJÍA RICART

Presidente del Instituto de Investigaciones Históricas; Presidente de la Sección de Ciencias Jurídicas del Ateneo de Santo Domingo; Catedrático en las Facultades de Derecho, de Filosofía, Letras e Historia, Universidad Nacional de Santo Domingo, Ciudad Trujillo, República Dominicana

El Octavo Congreso Científico Americano celebrado en Washington del 10 al 17 de Mayo de 1940, revisará doctrinas y revivirá ideas que existen desde ha tiempo y forman parte, pudiéramos decir, de la misma estructura cultural de los veintiún pueblos libres de las Américas. Y este areópago sólo les va a dar apariencia plástica, como la forma impalpable se agita en la mente de todo artista; mas éste sólo la revela en su obra cuando la fiebre de la inspiración exalta su fantasía, y crea. Por eso, nada de novedad tendrá en el fondo esta moderna interpretación de los dos sistemas fundamentales que parten al mundo en dos en estos momentos, y de las "influencias políticas y económicas en la formación del Estado, a través de la Historia," las cuales nos llevarán de la mano a tocar la llaga que corroe y corrompe esta democracia contemporánea. Sin embargo, la tesis que desarrollaremos no será de aquellas que nos hagan pensar que la humanidad retrocede siglos y regresa por reacción o cansancio a la barbarie. Pues, al fin y al cabo, el verdadero hecho histórico, el estado sociológico del hombre de hoy, no es un descenso hacia las regiones sombrías donde moraba el ser primitivo de la selva y las cavernas trogloditas, sino que más bien resulta una nueva ruta conquistada a esa naturaleza dejada atrás en nuestros sueños utópicos de renovación científica y de civilización.

La Gran Guerra, a pesar de su poder destructor casi inaudito, nos ha dado una fecunda enseñanza que no debemos desoír, y que el actual conflicto entre las grandes naciones europeas parece confirmar—la lección heroica de la verdad—bien que en nuestra soberbia y orgullo de hombres libres y sapientes nos fuimos más allá de los límites del bien y del mal; más allá, pero mucho más, de la única forma política de gobierno y de igualdad humana. Y hemos padecido de la ilusión, la grande ilusión de este régimen de la democracia moderna ya en plena crisis, y del

008896



Estado en manos del tiránico y absorbente capital o a merced del obrerismo militante ruso. Frente a él están las dos últimas concepciones históricas del Estado totalitario fascista o nacional-socialista, en que la vida del mismo es una continua reafirmación de su autoridad, no sólo sobre los individuos, sino sobre otras organizaciones sociales que obran en su esfera de acción, o se dirigen al mismo centro, esto es, al Estado mismo, o representan potencialmente un elemento perturbador o un peligro para su existencia, según Giorgio del Vecchio.

Este momento histórico no es sin duda alguna de gran serenidad espiritual ni de una estabilidad sociológica para fijar normas definitivas, maneras sistemáticas y rigurosamente objetivas de los hechos y las responsabilidades integrales de los conflictos por que atraviesan los distintos pueblos del orbe. No obstante, hay un mejor concepto de la conciencia colectiva, y parece hasta adivinarse una forma de gobierno que quizá se está moldeando—como sordo cataclismo—en el crisol impercedero de la Historia.

Si evocamos la imagen de las antiguas matanzas, y nos detenemos a hacer reminiscencias clásicas, y abrimos las páginas de horror del saqueo de Roma, de las crudas ferocidades de las hordas primitivas, al descender como torrentes desbordados sobre las ciudades vencidas, y entonces comparamos tales hechos con las invasiones germanas en Bruselas y en la Francia inmortal del Somme, en la anterior contienda, con las devastaciones actuales de ese mismo ejército mecanizado en Polonia y en Noruega, no hallamos notable diferencia en el efecto producido por el mismo instinto victorioso a través de todos los tiempos. Pero, para un frío espectador de fina visión psicológica, algo se va esbozando en forma de nebulosa en la Europa de la Post Guerra, que dejará atrás a la democracia apenas en pie en el Viejo y en el Nuevo Continente. Y es porque no ha existido nunca una mayor discrepancia de concepción entre lo que se va y lo que viene, y ya sólo falta una fórmula jurídica, una expresión espontánea en que verterse este régimen que provisionalmente se echa en brazos de los hombres fuertes en el decadente sistema político que confrontamos, pero que espera ese orden de cosas que traerá el devenir histórico cuando cese la conflagración que amenaza todo el ámbito de la tierra, en la presente época.

Mas tal forma de pura expresión que ya late imprecisa en la conciencia de todos los pueblos, ese testimonio de un alto idealismo político, no corresponde todavía con los hechos. Y no hay que atribuirlo al exceso de las guerras, al *snobismo* de las costumbres, sino que es necesario ver en tal fenómeno un avance progresivo de la civilización que ya no se conforme con fórmulas gastadas y retrógradas que nada en sí significan y que hacen aún perdurar la tradición reaccionaria de la sociedad moderna. Francia, roída de parlamentarismo, luego de la contienda universal que la ensangrentó y glorificó, ha cohesionado de nuevo su unidad nacional, que resistirá a las nuevas hordas teutonas, para hurgar entre los escom-

bros de la muerta democracia ateniense y el vivo comunismo teórico de Lenin, el régimen que vendrá a sustituir definitivamente al régimen del despotismo, la desigualdad y la democracia. Inglaterra, entregada a discreción del laborismo después de la caída del partido liberal, reacciona con el régimen conservador secular. Hitler incorpora a la Germania vencida, hácela vivir la gloria efímera de sus legiones aún victoriosas por la humeante Europa; pero es el Antecristo que cunde el odio del hombre contra el hombre. Francisco Franco anega en sangre a España, la limpia de toda impureza de pretéritos partidos ya gastados y en disolución, mas borra toda huella igualitaria y todo régimen de libertad humana. En cuanto a los demás personajes reinantes, ya en la vieja Europa, ora en la indómita América, es de esperarse que sean transitorios y pasen con la añeja fórmula de esta democracia en plena decadencia.

I

La virtud de la República de que hablara el lenguaje ático—en idioma del Lacio—de Cicerón, ha muerto.

Y ha muerto hace muchos siglos sin mengua de la grande ilusión de la democracia contemporánea. ¡Somos idólatras que seguimos tras la huella de una paradoja que se pierde en el piélago de nuestras cosas ya desvanecidas y que quizá nunca volverán!

Pero gracias a esta virtud, nos ha dicho el gran latino, Duilio, Aulo, Atilio y Lucio Metelo libertaron a Roma del terror de Cartago; los dos Escipiones apagaron con su sangre el naciente incendio de la segunda guerra púnica; Fabio Máximo la combatió victoriosamente; Marco Marcelo separó de las puertas de la ciudad al sitiador que la asediaba, y Escipión el Africano le arrojó dentro de las murallas de los enemigos. Y fué por esto, por tal virtud heroica, que Catón, varón virtuoso y casi desconocido y nuevo entonces, pudo saborear los ocios de Túsculo, paraje inmediato a la gran Ciudad.

Así habló en su tratado *De Re Pública*, ese hombre de las siete colinas florecidas en el reverdecido laurel de Apolo, que a veces en sabiduría sobrepasó a Aristóteles y en fuerza idealista al padre de la antigüedad clásico-filosófica, Platón.

Y en verdad no puede haber fuente de mayor inspiración aún en nuestros días que la obra incomparable del gran orador. Desenterrada del polvo de los siglos por el erudito Angelo Mai, bibliotecario del Vaticano, y después cardenal, sabio italiano de la pasada centuria, el tratado *De Re Publica*, de Cicerón, medio borrado, hallado en uno de esos manuscritos llamados palimpsestos porque una escritura está superpuesta a la otra, es un hallazgo incompleto, pero que llenó al mundo y que cuando parecía ya olvidado por los hombres aparece de repente en fragmentos en las olvidadas hojas de un pergamino que la devoción de la Edad Media dedicó a otro destino.

En esa obra admirable, Cicerón gustaba de poner sus ideas en boca de los ciudadanos más eminentes. Y así comprendía en sus páginas todo lo más famoso que encerraba Roma en una de las épocas más gloriosas de su historia. Escipión, Emilio, Paulo Lelio, Manilio, Tiberón, Filo, Fannio y Escévola son los personajes principales de estos diálogos. Escipión es el héroe. Lelio defiende la causa de la Justicia. Todos juntos investigan cuáles son las condiciones de la vida política, cómo debe estar constituida una nación, de dónde procede la grandeza del Imperio Romano, y qué sabias máximas, qué instituciones y qué leyes se le podían aplicar para mantenerla, protegerla y perpetuarla.

Del mismo modo, sírvame ahora el legado latino, tantas veces famoso, para la discusión de las diferentes teorías acerca del Estado a través de la Historia, de las diversas formas de Gobierno, sentando los verdaderos principios de toda política y entrando tal vez en el mundo ideal de Platón; pero con apreciación más exacta de la realidad y una filosofía pragmática que sobresalga de toda metafísica política.

Y para dar comienzo por alguna parte, vamos ahora a estudiar esa forma de gobierno y ese estado sospechoso de poder tiránico, que en el pasado y en el presente se ha llamado "Ocupación Militar," y veremos cómo su creación, su consagración, acusa todo un estado de decadencia de la antigua República en el sentido ático, ese estado de crisis de la democracia ateniense, que nacía, se desarrollaba y crecía libre y espontáneamente en el alma de cada ciudad de la tierra inmortal griega. Y no eran sus guerras las que hacían el milagro histórico; pues estos conflictos, lejos de suprimir la beligerancia y de imponer el hábito de la paz, como una especie de contrato consensual, natural, ha dejado subsistir en el hombre ímpetus—fuerzas vitales ocultas en sus capas de cultura, en los subsuelos de su personalidad más escondida y salvaje—que se creían transformados definitivamente, y que se traducen en la pugna y el espíritu de destrucción y odio que han manifestado aún las naciones en sus más recientes choques bélicos. Pero no se crea por esto que, en lo absoluto, los usos de la guerra entre las potencias en el pasado se diferenciaban en nada a los de hoy, pues el hombre de los siglos XVII y XVIII era el mismo que vivía en el reflexivo siglo XIX y que campea en el aire en pleno siglo XX.

Es que sólo ha cambiado el perfeccionamiento del instrumento de muerte, aunque el instinto permanece íntegro y avasallador. Parece que un fatalismo histórico rige los destinos de la humanidad. Los derechos de conquista y la piratería aplicados a la guerra actual; la legislación oficial de la ocupación que declara que ese estado de violencia es un hecho cumplido y debe ser acatado como preexistente a todo efecto jurídico; la teoría del terrorismo del invasor puesta en práctica por los ejércitos alemanes al pasar como un huracán sobre las cultivadas campañas de la Bélgica pacífica y neutral, en la anterior guerra, y hoy al derrocar

todo lo existente y barrer las ciudades de Polonia y de Noruega que se oponían a su paso para defender sus territorios violados; el pillaje científico de las grandes potencias en el reparto del tratado de Versalles; el golpe de mano teutón sobre Austria, Checoslovaquia, Moravia y Bohemia; la extorsión financiera de los Estados Unidos de América sobre todos los pequeños países que están bajo la zona de su influencia sobre el Golfo de México, que dominan y acaparan, extorsión que se traducía en planes de ocupación, enmiendas constitucionales, y protectorados impuestos a los Estados sudamericanos feudatarios de *Wall Street*, política de la cual se está reaccionando con la teoría del buen vecino aplicada rectamente por Franklin Delano Roosevelt; ya todo está demostrando de manera palpable, como un hecho tangible que cae en la racionalidad de las realidades sociológicas, que, en el fondo, se regresa al pretérito por cansancio del presente, puesto que estamos pasando por un estado de crisis política negativa, que es necesario cambiar por evolución o por reacción del régimen caduco que envejece y se muere en la democracia militante y en pie de guerra de la hora actual.

Acerca de esta tendencia militarista nos habla el bolshevique León Trotzky: "No es solamente en Europa donde podemos observar crecientes manifestaciones de militarismo. Más notable que el crecimiento del militarismo europeo, es el desenvolvimiento de similares tendencias en los Estados Unidos de América. En ese país, las preparaciones militares han alcanzado un grado tal que dejan pálidas las tendencias en igual sentido, no ya de la desorganizada y *balkanizada* Europa, sino de la misma Europa de los años que precedieron a la Gran Guerra."

El Estado moderno está en crisis y esta crisis se manifiesta con mayor o menor grado de intensidad bajo diversas formas, en todos los países. Y no cambiarán las cosas una ilusión erigida en doctrina totalitaria o democrática del Estado en la cual ya nadie cree y todas las naciones repudian con el aumento de sus escuadras, los mortíferos submarinos y ese formidable militarismo y reino del aire, cuyo poder destructor se ha puesto tan en evidencia en esta última lucha de naciones; y menos, mucho menos con evangelios engañosos de paz de los adversarios industriales que se hacen la guerra—los países que dominan comercialmente—pues los sermones políticos de Hitler, Mussolini y Chamberlain, los manejos de Ribbentrop, sólo han dado la medida de esta política universal de refinada hipocresía que se mueve y preside la diplomacia de los pueblos. Y, por esto, estéril es la censura de un filósofo tan sesudo como Bergson, quien predica en el desierto en esta época de decadencia o de grave incertidumbre por que atraviesa el mundo. El eminente profesor de la Sorbona al estudiar los orígenes étnicos e históricos de la Prusia, los precedentes atávicos del estado de barbarie que por su hegemonía arrastró a toda la Alemania a creer en sospechosas y funestas teorías de un oportunismo que no era necesario y que fué fatal a su poderío y gloria, no acierta a ver, empero, que el imperio germano victorioso del 1870 no difería en nada,

radicalmente, por su fisonomía intelectual y moral, de la Germania filosófica y militarista de Guillermo el vencido, y del gran Reich del Führer funesto; y en el cuadro de la diabólica carnicería prusiana, descrita refinadamente por Alfieri, se advierte la misma impresión de un sistema orgánico secular que viene de atrás, desde ha luengos siglos, y que ha atacado siempre de modo irreconciliable a la conciencia social.

Mas, ¿la culpa de todo esto es de los teorizantes o de hechos históricos inmutables? He aquí el problema aún no resuelto por la sociología política.

II

La supremacía ilusoria del *Deutschtum* (lo alemán), afirmada por los progresos de la *Kultur* hecha evangelio metafísico de la absorción, bien pronto se desvaneció, y dejó de ser la gran potencia vencida, centro de gravedad del Universo. Y es porque el pangermanismo, nació bajo el influjo de un sueño-monstruo de imperio universal que no pudo ni podrá subsistir ni perpetuarse en la Historia. Y nació ya herido de muerte, cuando para cumplir su finalidad y elegir el momento que creyó favorable, tuvo al fin que vencer todos los escrúpulos de la verdadera naturaleza de los sentimientos y hasta el único transcendental sentido del bien y del mal. Así lo ha dicho magistralmente un publicista en su obra *La Ocupación Militar*, al describirnos esa fina hipocresía germana que se manifestaba en fórmulas jurídicas y que llegaba a ser excesiva cuando se trataba de engañar al mundo respecto a la finalidad propia de ciertas empresas, o acaso, patentizando con hábiles restricciones la libertad de acción de un adversario tenaz. Es la misma técnica de Goebbels en su ministerio de propaganda de la Alemania nacional-socialista.

El militarismo teutón se reservó para el porvenir, que ya se ha cumplido de modo infecundo para los destinos de la humanidad, el despotismo más absoluto en su conducta, con una intensidad inusitada y con extraordinario subterfugio moral, "elevando todo un pueblo a la insensibilidad cínica que debía ser necesaria en el momento de la lucha." Fichte, a quien como a Federico Nietzsche, se le atribuye gran parte de la responsabilidad en la formación de esta Germania imperialista, ha condenado, no obstante, esta moral prusiana que denunciamos. "¡Desgraciado el progreso humano," escribe, "si los pueblos de civilización en apariencia más perfecta, o que se creyeron poseerla, hubiesen siempre recurrido por el adelante a absorber a los otros, sojuzgando el derecho primordial e inapenable de su desarrollo libre, de acuerdo sólo con las aptitudes y el genio de su raza! Es su espíritu de independencia, de dignidad, de tradición, el que asegura al mundo las conquistas más envidiables en el campo intelectual y ético. Y es con esta fe con la que nuestros abuelos, pueblo leal, pueblo de nueva cultura, los alemanes, que los romanos llamaron germanos, se opusieron a la dominación extraña.

“¿Y por ésto disminuirá a nuestros ojos el esplendor de las provincias romanas, así como sus gustos más refinados, sus leyes sabias, sus Tribunales, y hasta tal grado que lleguemos a creer que habrían de imponernos todo con el hacha implacable y demoledora?”

“Los romanos, ¿no estan dispuestos a ser nuestros protectores? ¿No existían pruebas de clemencia romana en sus mismos principios, puesto que ellos estaban convencidos de que toda guerra contra sus semejantes provocaba al fin la rebelión, si era impuesta por la fuerza su cultura?”

Un historiador ha terminado el cuadro de aquella época con esta sentencia: “Si a los vencidos no les queda otra alternativa que conservar su libertad o morir, ellos morirán antes que ser esclavos.”

El imperialismo teutón se afirmó en falsas teorías que han sido negadas por los hechos, porque, si falsa es tal democracia que vacila por falta de una nueva fórmula y se recuesta en la fuerza por instinto de conservación o impotencia, más, mucho más engañosa y funesta, es esa tendencia contraria a la propia dignidad de la naturaleza humana.

La experiencia recogida como sabiduría amarga de más de medio siglo, se encarga de probarnos de modo inequívoco, dándole vigor sistemático, el espejismo a que obedeció la teoría germana que se acogió a tal inclinación instintiva.

“Hay una intervención divina en todo,” afirma Treitschke, “y donde siempre se presenta una ocasión favorable de atacar a su vecino y defender su propia frontera.”

“Un pueblo de superior cultura, pero poco inclinado a la acción militar del Estado,” declaraba el profesor Lesson, “deberá caer necesariamente en la barbarie, ya que la organización política y militar que es inherente a los grandes países es superior a su condición de inferioridad.”

“La Alemania,” proclamaba el teorizante von Seyden, “debe y quiere quedar sola.”

Los alemanes son el pueblo elegido de la tierra. La superioridad absoluta de su civilización, concluye triunfalmente el optimista Ostwald, impone al pueblo que es depositario de tal tesoro, hacerle aceptar a viva fuerza su destino, a fin de que pueda vencer universalmente el genio de organización, que constituye la esencia que deberá ser distribuída entre los demás pueblos a para obtenerse el mayor bien y el más alto grado de perfección.

La última contienda universal que terminó con la paz de Versalles había sido prevista desde hacía más de un cuarto de siglo y hasta en sus más ínfimos detalles por algunos espíritus clarividentes, y desde el momento en que el tratado de Berlín comenzó a producir sus efectos en los Balkanes y se estableció el pugilato entre la política rusa y la de la alianza austro-alemana.

Un hombre de Estado, Charles Dick, publicó una obra en inglés: “La

Europa en 1887." Se propuso el autor invitar a su patria a la organización de su ejército, y su objeto era evidenciar que sólo militarizándose podría no sólo preservar su imperio en toda su extensión, sino también reafirmar la seguridad de sus costas, obligando al respeto que se debía a la neutralidad de Bélgica. Y este libro que encerraba un augurio de lo que más tarde fué una terrible realidad, la guerra, con sus horrores y sus nuevas verdades, lo tenía previsto todo: los tratados anteriores a la catástrofe, y los acontecimientos que luego se desencadenaron súbitamente; la gran conflagración; la alianza franco-rusa; la violación de Bélgica por los alemanes; la invasión del suelo francés por los soldados en marcha del agresor; la disolución de Austria; la probabilidad de una ruptura austro-italiana; la resistencia invencible de Francia, y su aptitud militar para tener grandes mariscales iguales y hasta superiores a los famosos estrategas teutones. Y este autor admirable y adivinador, con su gran sentido del porvenir, previó de antemano la firmeza del pueblo ruso en sus sueños de una nueva conciencia nacional, y hasta la suerte de una victoria temporal de Alemania y su derrota definitiva.

En medio del piélago de tales hipótesis, una interrogación ha sobrevivido victoriosa, y los publicistas la formulan categóricamente:—"Un Estado, depositario de una cultura científica superior, ¿podría organizar la sociedad europea, sin tener en cuenta la existencia autónoma de otras naciones?"—Tal es la cuestión que los filósofos germanos han tratado en vano de contestar de modo afirmativo con equivocadas teorías, y buscando amparo en la sociología aplicada. Para esto se acogen al concepto de la "Ciencia de la Civilización," de que habla Ostwald, y cuyo fundamento creen hallar en la energía, pero sin que pueda satisfacer a los espíritus imparciales. "La teoría científica de la fuerza puede justificar una política de violencia, pero el respeto del Derecho será siempre la mejor economía de la energía," se ha dicho y no sin razón, amén de lo que en contrario proclaman siempre los eruditos que, en América o en Europa, han sostenido como ideología política el poder absoluto de los cuarteles como régimen digno de toda loa e imitación.

Aún los autores que como Ostwald han mantenido el derecho de la fuerza sobre la fuerza del Derecho, han preconizado la doctrina energética que condena la tradición guerrera, que concede que el Derecho al reemplazar a la fuerza en las relaciones entre las gentes, se puede hoy convertir en energía útil; y ello sin mengua de que después dicho pensador haya agregado que "esa energía debe ser la del pillaje en el combate"—el pillaje científico de que hablan las obras teutonas. Porque si es cierto que la doctrina energética nos lleva a reconocer la superioridad del Derecho sobre la fuerza, es también innegable que la ciencia alemana ha dado toda una teoría natural e histórica del Estado, en la cual el imperialismo puede recoger todo un rico arsenal de argumentos a su disposición.

La teoría de la organización de Europa se presenta así como sinónimo de integración política o de composición territorial. La geografía social es la ciencia de esta teoría absoluta tal cual la concebía y elaboraba Karl Ritter. Ratzel es el más genuino representante de esta tendencia, y su colaboración en el *Año Sociológico* ha contribuído grandemente a perfilar esta escuela de Derecho Público. Nos plantea las premisas de una política realista, despojada de todo sentimentalismo o platonismo, fundándose para ello en leyes naturales y necesarias, acerca de las cuales Ostwald no había hecho sino formular conclusiones. *La Política Geográfica*, que es un título que traduce literalmente el propósito de la obra y da la más alta idea de la misma, es menos una geografía política en el sentido corriente de este tema, que una política geográfica. Así, en su aparición, dicha obra fué considerada en Alemania como un manual de credo imperialista.

Ratzel considera el Estado como un organismo territorial, cuya propia existencia depende del uso que una población hace del suelo adquirido por sus habitantes. Las diferentes partes del territorio son verdaderos órganos, y de tal manera que la pérdida de un pedazo de tierra puede ser para el Estado desmembrado como la extracción de una víscera esencial o la amputación de un miembro que ponga en peligro la vida nacional. El Estado es un organismo que tiene necesidad de agrandarse gradualmente. Deberá conformarse a las leyes biológicas, a la concurrencia vital y a la adaptación. Pero Ratzel no se detiene ante la idea que la transición de un pequeño Estado a uno grande, podría ser el resultado de una federación voluntaria, como de modo constante nos lo demuestra la historia. Porque para éste no existe más evolucionismo que el ser un agente de la evolución: la evolución o la conquista. Y será suficiente para tal finalidad que un agente de la misma obtenga dicho territorio, no obstante toda violencia y hollando el propio derecho, si es necesario; puesto que el grado más simple de la vida del Estado se detiene en esta idea, que es el paso de un pequeño Estado a uno grande, y cuyo producto podría ser esa federación voluntaria de que antes hemos hablado.

Tan insigne profesor estima que no existe sino un agente de la evolución: la conquista. Podemos observar como el grado más simple de la vida del Estado, que es la villa gobernada por un pequeño potentado, es la resultante inmediata de la subordinación violenta de varios clanes entre sí: y cuando esta villa es bastante grande para llegar a ser un centro comercial, o cuando una serie de guerras victoriosas traen uncidos al carro de la Victoria a pueblos vencidos y esclavos, se extienden entonces las dimensiones de aquella ciudad y aparece perfectamente el Estado. Tal forma prevaleció en Grecia y en Francia.

Otra concepción teutona es el Estado territorial (*Landstaat*) que reviste un grado superior al anteriormente descrito, y que une bajo su mismo gobierno un conjunto de ciudades, en las cuales se establece una cooperación perdurable.

La Macedonia y los pueblos orientales hasta que se prolongan en expansión, el Imperio Romano, los reinos formados por la conquista germana—todos ellos forman el tipo de esta clase de Estados. La guerra será siempre la condición para el paso de un grado a otro de Estado, pues en toda evolución de éste hay una multitud de formas políticas elementales, de Estados minúsculos donde la población al aumentarse y hacerse homogénea realiza ocupaciones uniformes. Y entonces la guerra decidirá aquellas naciones que deberán extenderse y ser libres y aquellas otras que, al contrario, habrán de quedar anexas y acaparadas por pueblos más fuertes y aptos para la conquista y la propia existencia. Mas, en el curso de tal trueque de ciudad a nación y de nación a gran imperio, el Estado adopta formas intermediarias. Así se reconoce aún en el rango de Estado, al Gran Ducado de Luxemburgo, a las Repúblicas diminutas de Andorra y San Marino, y en igual categoría que el Imperio Británico o el que regía el Zar de la Rusia o el Kaiser de la Confederación Germánica de los tiempos anteriores a la Gran Guerra.

Entre estos dos tipos, en estos dos extremos radicales, es donde se colocan todos los Estados europeos. Bélgica con una extensión de 29,000 kilómetros cuadrados, Francia con 536,000, no dejarán por eso de estar al lado en el concierto de los Estados libres.

Se podrá pasar del más pequeño principado al más grande imperio por todas las etapas de transición. Ratzel pretende clasificarlos sumariamente en dos grupos: Estados de gran espacio; Estados de pequeño espacio. No hay más que una circunstancia de vínculo y de geografía en el asunto, según él, y llega hasta querer conciliar a los más opuestos políticos y filósofos en este punto.

Afirmándonos categóricamente que "la conciencia de ocupar un espacio no puede ser indiferente a la energía de un pueblo," luego el filósofo nos agrega: "El verdadero problema está en definir exactamente la relación entre el espacio y la energía nacional. El gran espacio, es 'el espacio en vía de crecimiento,' que excita con una tensión de todas las fuerzas nacionales de un país a que éste pueda extenderse. Los casos típicos son: los Estados Unidos de Norteamérica, que han tenido por ley agrandarse rápidamente de uno a otro océano; y Rusia, con el desarrollo secular que la ha conducido siempre a las prolongaciones del Volga y de la Europa Oriental, invadiendo el propio Océano Pacífico. Ahora, por contraste con la anterior definición, podemos afirmar que el pequeño Estado 'es el espacio en vía de crecimiento.' Forzosamente este pequeño Estado que no tiene dónde extenderse se estaciona y decrece: no tiene más esperanzas para conservar su nacionalidad y autonomía, que alejar todo peligro de anexiones de un poderoso vecino y para esto no hay sino un camino, y es hacerse neutral." Tal es el consejo de Ratzel, quien, no obstante, considera tal neutralidad como una confesión de inferioridad y una negación anticipada de toda lucha. Así él ha afirmado que "la neutralidad es el estigma de la impotencia."

De manera que la política geográfica no toma en cuenta el espíritu de independencia y el patriotismo de los pueblos, ni aún el aporte que hayan dado a la civilización. Es el poder exclusivamente el que se considera. Su símbolo material será siempre el espacio que ellos ocupen.

Este concepto del Estado alemán es el que aplicaban los federalistas norteamericanos y los políticos de esa gran nación americana, en sus relaciones internacionales con los gobiernos de la América del Sur, a lo que ha puesto fin la política del "buen vecino" que interpreta fielmente la doctrina de Monroe.

Tales teorías concluyen afirmando que la independencia de un pequeño Estado no deberá ser respetada, porque esto significaría un paso atrás dado en la evolución de los organismos colectivos, y equivaldría a esterilizar y atrofiar la energía que sus pobladores podrían desarrollar en mejores condiciones. La gran política, intérprete de las leyes geográficas, han resumido los metafísicos del Rhin, sería la de "la anexión de los pequeños Estados en que los ciudadanos podrían moverse en mayores espacios."

Augusto Comte creía poder inducir en la historia moderna, una ley que era precisamente la inversa de la ley de integración formulada por la geografía alemana: la ley de descomposición de los grandes Estados. Y para el creador del positivismo una nación no podía llegar a ser otra cosa que lo que era para el hombre antiguo, una ciudad en descomposición general, o que se extendía potencialmente con todas sus fuerzas nacionales. Holanda representaba el tipo, las dimensiones naturales del Estado moderno, que debía ser pacífico e industrial. Y, ¿qué era entonces para Comte la nacionalidad? Los críticos del filósofo lo han dicho: "Nada más que un intermediario efímero y sin fundamento normal entre la ciudad y la humanidad." La nación, producto de conquistas anteriores, no era sino algo pasajero y provisorio del gran Estado, y debía desaparecer tan pronto como pudiera éste desempeñar su verdadero papel.

Y realmente esta idea de nación había surgido en la crisis moderna a que dió lugar el Renacimiento y la Reforma, en plena disolución de la unidad católica, perpetrada por el papado en la Edad Media como una imagen lejana e imperfecta de la unidad moral de toda la humanidad.

Hay, pues, en el fondo, una correspondencia secreta entre nacionalismo moderno y anarquía intelectual en esas teorías de Comte, a pesar de que el ilustre pensador denuncie esta última y crea poderla remediar con el positivismo, puesto que era más fuerte la crisis moderna de la democracia por los acontecimientos notables que habían anunciado la futura descomposición de los principales Estados, y que ya fatalmente se cumplían como una ley moral. Tales fueron la revolución de la Reforma, la Comuna y la guerra de Secesión norteamericana. Y era que, para la escuela del gran sociólogo, los Estados debían tener como misión disgregarse espontáneamente.

Las dos teorías de Ratzel y de Comte, bien que opuestas y rivales, ambas se presentan apoyadas en la inducción sociológica. Pero son radicalmente inconciliables, y seguidas metódicamente darían lugar a una antinomia de la ciencia política. La conclusión de Comte no es aceptable desde el punto de vista de la ética política, ni mucho menos desde el elevado concepto de una interpretación imparcial de la Historia. El patriotismo de la nación moderna no se diferencia en nada del patriotismo municipal antiguo celebrado por los poetas clásicos y los oradores. En cuanto a la hipótesis histórica de que el verdadero Estado esté siempre destinado a la disolución y al desmembramiento, hallamos un mentís en el propio acervo de la misma Historia. Porque, desde 1853, época en que Comte denuncia su ley hipotética, la formación de los principales Estados nacionales, tales como Italia y Alemania, la resistencia victoriosa de la Unión Americana al desmembramiento de los Estados del Sur, la reacción de Francia contra las revoluciones del 1871, han demostrado la fuerza de cohesión y de expansión que poseen—a veces de modo oculto—estos grandes Estados. Mas, tampoco el imperialismo geográfico y naturalista de Ratzel, tiene la fórmula de la verdad. El gran imperio ha sido siempre una creación política inestable, mientras sólo ha dado satisfacción al apetito del espacio.

La ley de crecimiento por medio de conquistas bélicas y por expansiones violentas es contraria a la formación y duración de los Imperios. Esta ley que extendió los antiguos imperios orientales acabó, al fin, con el estruendo y el derrocamiento del Imperio Macedonio, del Imperio Romano, del Imperio Árabe, del Imperio de Carlomagno, del Imperio Mongol, del Imperio Español y del Imperio Napoleónico.

La historia del imperialismo, es el cuadro de sus ecos en el pasado. Los demagogos alemanes estaban y están aún persuadidos de que su raza está llamada a cumplir una misión providencial en los destinos de los demás pueblos. Y no hay que sospechar que Alemania quería reconstruir en Europa el Imperio Romano o el Imperio Napoleónico. La política era más hábil y más funesta, a pesar de que Bethmann-Hollweg haya declarado enfáticamente que, "Germania no irá nunca a proclamar una teoría de abuso y de violencia, hiriendo así, la conciencia nacional de los pequeños pueblos y violando la autonomía de cada uno."

La política alemana fué la de un pueblo moderno que, por poseer elevada cultura y al representar el orden metódico, se creyó destinada a imponerle al mundo tal organización superior, equivocando, en cambio, los medios prácticos para hacerlo y confiando al militarismo lo que debió hacer al modo de Grecia, a fuerza de espiritualidad y de genio. Todavía esa ideología es la que obsesiona al partido militarista que encabeza al Reich, y que obsesiona la política actual de Hitler; aunque no es posible calumniar a este gran pueblo germano, ya que su espíritu de organización se opone a la hipótesis que han formulado sus apasionados

contrarios de que quería introducir la anarquía internacional para campar solo en el mundo. El fin de su política, o por lo menos su fondo filosófico, se encaminaba hacia la cooperación intelectual e industrial, en el pasado. En la hora actual el predominio en la Europa central, y las necesidades de su espacio vital, pueden que hayan variado la ideología alemana y que desvíen su verdadero espíritu. A su lado, se ve el régimen totalitario del Estado nuevo italiano que centraliza la acción social en ese Estado, y tuerce así las corrientes populares y la eficacia de las masas en favor de ese poder fascista omnímodo y absorbente. "El problema de la fusión de estas varias organizaciones en la forma de un solo querer, en el Estado nuevo," dice Del Vecchio, "permanece intacto. Aquí importa especialmente notar que la asegurada dependencia de todos los organismos sociales con respecto al ordenamiento jurídico del Estado, se resuelve frecuentemente en una simple *fictio juris*, ya que en realidad se dan organismos sociales que viven *jure proprio*, quedando ligados al Estado solamente por nexos extrínsecos y por relaciones genéricas que no afectan a su estructura, y por lo tanto, no destruyen la autonomía de su ordenamiento intrínseco."

El Estado alemán proclamado por el Tercer Reich con su concepción nacional-socialista se yergue sobre la afirmación de la raza, del suelo y del trabajo. "Este Reich," escribe Hans Frank, presidente de la Academia de Derecho alemán, "donde vive desde hace más de mil años la idea de Estado de nuestro pueblo, ha resurgido con imponente grandeza bajo el Führer Adolf Hitler. A través de este Reich nos relacionamos como alemanes con el mundo. En este Reich vemos el punto de partida de la legislación y la seguridad de nuestro ordenamiento de la comunidad. Este Reich alemán ha encontrado con el nacionalsocialismo la forma jurídica del Estado unitario, esto es, que por primera vez en su historia no hay en el territorio habitado por el pueblo alemán más que un legislador en la persona del Führer."

Y hay aquí, en estas fórmulas equívocas del Estado nuevo del Eje Roma-Berlín, sistema que sirve más bien a fines políticos y económicos que a verdaderas doctrinas filosóficas y jurídicas, donde hay que advertir los signos más graves de la crisis política por que ahora atraviesa el mundo contemporáneo.

III

La idea de la lucha de clases, y la doctrina del materialismo histórico de Marx y Engels, en la segunda mitad del siglo XIX, proyectadas al presente siglo con el descubrimiento de la conciencia del hombre determinada por su conciencia social, han traído la crisis más grave del Estado moderno, denunciada por Oswald Spengler en *Años Decisivos*.

El concepto del Estado presenta un aspecto interesante en las teorías filosóficas rusas. Vladimir Ilyich Ulianov (Lenin), en su obra reformadora *El Estado*

y la Revolución, enseñanzas marxistas acerca del Estado y el deber del proletariado en la revolución, nos declara que "el Estado es el órgano de dominación de una clase definida, la cual no se puede conciliar con sus antípodas sociales." Y después añade el máximo *leader* moscovita: "ésto es lo que nunca ha podido comprender la democracia de la baja clase media."

Estas teorías puras de vulgarización marxista fueron adulteradas por la escuela de Kautsky, "quien olvidaba," según afirma Lenin, "que la liberación de las clases oprimidas no hubiera sido posible sin una violenta revolución y sin la destrucción de la maquinaria de la fuerza del Estado, que ha sido creada por la clase gobernante de cuyo cuerpo forma parte."

Al contrario, el autor de renombre universal, Engels, en su más popular obra, "*El Origen de la Familia, de la Propiedad Privada y del Estado*," está de acuerdo con tales teorías diáfanas y sin mezcolanza con el falso Socialismo, cuando nos ha dicho: "El Estado no constituye de ninguna manera una fuerza impuesta sobre la sociedad por los de afuera. Tampoco es el Estado la realidad de la idea moral, la imagen y la realidad de la razón, según aseguraba Hégel. El Estado es el producto de la sociedad al cabo de cierto espacio de tiempo de su desarrollo." Y luego nos da la base del Estado ruso de esta época, antes de que Stalin le haya modificado con el nuevo militarismo rojo, cuando nos agrega: "Y a fin de que estos antagonismos, esta lucha de clases por intereses económicos tan opuestos, no choquen entre sí y acaben con la misma sociedad en su estéril pugna, se hace necesaria una fuerza que, permaneciendo por cima de la sociedad, pueda moderar la fuerza de sus choques y pueda mantenerlos dentro de los límites del orden. Y esta fuerza que surge de la sociedad, pero que se coloca por sobre ella misma, esta fuerza que gradualmente se separa de ella, es el Estado."

Las teorías revolucionarias de los auténticos bolcheviques aceptan esta idea de Engels, que fué la misma que sirvió de fundamento al marxismo con respecto al papel histórico y al significado del Estado; pues de acuerdo con Marx, el apóstol precursor de la Revolución, "el Estado no podría levantarse ni sostenerse por sí, si existiera la posibilidad de una conciliación de clases. El Estado es el órgano de la opresión de una clase por la otra."

Fuerza es confesar que la guerra imperialista aceleró en gran manera la transformación del capital monopolizado por los particulares, y le trocó en capital monopolizado por el Estado. Y en puridad se puede profetizar, con el gran revolucionario ruso, que "la acumulación de elementos oportunistas durante las décadas de desarrollo relativamente pacifistas crearon un predominio *chauvinista* en los partidos socialistas oficiales del mundo entero."

Y de esta teoría exclusivista del Estado ruso, a la vieja idea del Estado capitalista europeo, hay un espacio de centurias; y acerca de su cabal concepto reserva dar su fallo la Historia en sus páginas impolutas e inéditas.

La democracia y el Estado, a través de la Historia, ante la luz de los principios de la Filosofía, son la fuente proterva y fecunda que nos revela esa verdadera crisis política que ahora denunciamos formalmente ante la conciencia universal.

Las ideas igualitarias que dirigen los pueblos han sido falseadas incauta o maliciosamente, así como el Derecho Público tan sólo ya es un Código de cortesía internacional, que se pone en evidencia en la pugna de las grandes potencias y los pequeños Estados que se sientan en la propia mesa de la Liga de las Naciones y de las Asambleas Panamericanas. Y sucumbimos prácticamente bajo un torrente de ilusión que nos invade de la Europa militarista e imperial, y de la misma América que no ha encontrado aún su destino histórico, mientras más alarde de justicia, de igualdad o de democracia hacen la Alemania dominadora del aire y la Inglaterra dominadora del mar.

Es cierto, rigurosamente cierto como verdad sociológica imperativa, que los azares de la Historia determinan la orientación política de una época; y la Gran Guerra fué un acontecimiento extraordinario e inusitado, aunque previsto por los sociólogos y pensadores para más tarde de cuando ocurrió ominosamente, que desencadenó hechos que provocaron ese estado social y político de incertidumbre, como la fiereza del actual conflicto internacional provocará la más honda crisis de todos los tiempos. Mas la ilusión, la gran ilusión democrática tiene más hondas y viejas raíces históricas. Obedece más bien a la coexistencia de una paradoja política que forma esa sociedad que ha muerto ya hace siglos y se mantiene tenazmente en pie, con esta sociedad que viene desde el fondo mismo de la conciencia colectiva que despierta y se va abriendo paso en este concierto de naciones libres americanas que se reúnen en este Octavo Congreso Científico Americano. Y esto, a pesar de que el democratismo anglosajón y la plutocracia sudamericana están lejos, muy lejos, de la verdad social, del régimen estable que nos dará la clave para definir el Estado del futuro y que esta guerra traerá ya elaborado como una posibilidad de las mismas leyes históricas que empezaron desde tiempo muy atrás, en su lento proceso de evolución a través de un siglo de ciencia, si la evolución histórica, en sentido estricto, no es una quimera, como afirma el profesor Huizinga.

Ahora la apología del espíritu de casta que se apoya en los hábitos hereditarios de padres a hijos, el *lamarquismo* completando en la ciencia el *darwinismo* y aplicándose a la teoría política que le toma de origen y sirviendo además para entablar el duelo a muerte con la teocracia y el régimen de gobierno que la misma crea y hace perdurar, hace más grave esa crisis moderna del Estado, con la teoría sospechosa que amenaza terminar en la catástrofe más espantosa de la historia. Signos hay que no han fallado nunca en el horóscopo fatal de los tiempos, y un hecho sociológico ya revela ese estado de descomposición política: el fenómeno

de reacción momentánea de los pueblos, declinando su soberanía inmanente en los hombres fuertes; esa corriente de la actual democracia, encaminándose como realidad política en el gobierno de un solo hombre, el amo de la nación. Empero, vuelvo y repito, es sólo un fenómeno de transición del caduco régimen y del estado de vacilación de la sociedad moderna, y terminará cuando se halle la fórmula jurídica en que vaciarse como un molde inmortal, la democracia hoy engañosa de los pueblos.

La democracia contemporánea está vacilante, y el imperialismo campea solo y tiraniza como un áspero y duro demiurgo de un cielo ya perdido por la rebelión de los ángeles.

¡Dos sistemas que son ya históricos y que se disputan la hegemonía del siglo! Mas la conciencia universal no ha muerto aún: está sólo dormida, y sufre una honda catalepsia de la Historia. Y un día vendrá, un día no lejano, en el que habrá de renacer esta conciencia—como un fénix de sus propias y pasadas glorias—y lavar de impureza la vieja sociedad que ahora la condena a un sueño de impotencia. Y sólo es de esperarse que una generación atenta al rumor del porvenir oiga esta predicción mesiánica que ya anuncian los apóstoles de la libertad humana. ¡Mientras tanto, optimistas, confiemos nosotros en esta esperanza!

Tal es la parábola que ha de oírse en este Octavo Congreso Científico Americano.

